

Bordeando a Dios historia adentro

Javier Vitoria Cormenzana *

"Me he dejado encontrar de quienes no preguntaban por mí; me he dejado hallar de quienes no me buscaban. Dije: «Aquí estoy, aquí estoy» a gente que no invocaba mi nombre. Alargué mis manos todo el día hacia un pueblo rebelde que sigue un camino equivocado en pos de sus pensamientos" (Is 65, 1-2).

El Consejo de Dirección de IGLESIA VIVA me ha encargado que responda a la siguiente pregunta: *¿Cómo podemos "ver" y encontrar al Dios cristiano hoy?* No es la primera vez que intento contestar a una cuestión que de suyo entraña una considerable complejidad (F.J. Vitoria 2003)¹. Paradójicamente el verdadero conocimiento de Dios –aquél al que se accede por la vía del amor, como pedía san Agustín– es más bien un mayor no saber y un más profundo y consciente ignorar. Por decirlo con palabras de Gregorio de Nisa, el conocimiento de Dios consiste "en ver en el no ver" o "en ver a Dios en la Tiniebla". Sin embargo, invirtiendo el adagio de L. Wittgenstein, *"de lo que no se puede hablar, a veces es preciso intentar hablar"* (J.I. González Faus 1991, 4).

¹ El lector podrá encontrar en la bibliografía final los nombres de otros autores que han escrito con mayor autoridad que la mía acerca de la experiencia de Dios (J. Martín Velasco) así como de su posibilidad, estructura y verificabilidad (A. Torres Queiruga 1999).

* Universidad de Deusto. Bilbao.

I. COJITRANCOS A LA BÚSQUEDA DE DIOS

En esta ocasión se me ha pedido encarecidamente que tenga como interlocutores a las personas que se encuentran fuera de la experiencia religiosa. Es decir, debo dirigirme a hombres y mujeres como con los que convivo a diario (p.e., algunos de mis familiares más cercanos y muchos de mis mejores amigos). He aceptado la invitación cautelosamente. Ni mi condición creyente, ni mi oficio de teólogo me conceden atribuciones de maestro para dictar a "los de fuera" lecciones con respecto a Dios y al encuentro con Él. Más bien me considero, parafraseando libremente a san Agustín, su discípulo. Todos los hombres y mujeres, creyentes o no, tenemos un solo maestro, un "maestro interior" que nos habita. Bajo su autoridad todos somos condiscípulos. La tradición cristiana confiesa que ese "maestro interior" que ilumina y atrae hacia sí a todos y a cada uno de los seres humanos, es el Espíritu de Dios y de Jesús de Nazaret.

Además mi identidad cristiana no se ha forjado en las aguas remansadas de un puerto de refugio. Como la de otros muchos hombres y mujeres nacidos al comienzo de los cuarenta del siglo pasado, se ha ido configurando paulatinamente en el curso de un interminable viaje hacia Ítaca. Nuestra travesía identitaria se ha beneficiado de los vientos de popa que permiten avanzar con pasmosa facilidad, ha soportado días de calma chicha y ha tenido que enfrentar mares encrespados por vientos fuertes y corrientes adversas, que dificultaron enormemente nuestro viaje. Todos fuimos zarandeados por la fuerte resaca de la progresiva retirada de Dios de la conciencia humana y de su creciente irrelevancia en nuestra sociedad. Esta marea –que los expertos han denominado el *silencio*, la *ausencia*, el *eclipse* o la *muerte de Dios*– fue a dar conmigo en la playa de la fe y en tiempos críticos me permitió adiestrarme en el oficio de la teología. Muchos otros hombres y mujeres de mi generación bordearon igualmente a Dios en su travesía, pero arribaron en el arenal contiguo de la increencia o del agnosticismo, y consideran mi actividad teológica como una variante de la literatura fantástica.

La singladura compartida y las relaciones de vecindad me han hecho consciente de la existencia de un "*athéisme suspensif*" en el seno de la fe cristiana, que no proviene de su astenia, sino de la "lógica de Dios". El Dios de la alianza respeta el derecho de los seres humanos a volverse hacia Él o a rehusarle. Y, como recuerda una antigua tradición judía, no quiere de ninguna manera existir más que si se le confiesa (A. Gesché 2002). Todos los seres huma-

nos, cualquiera que sea nuestra identidad creyente, cojeamos al salir al encuentro de Dios, como consecuencia de la vigorosa lucha que más de una vez hemos mantenido con Él. El creyente lo es porque cree, como Jacob, que ha experimentado la bendición de Dios. Y por ello se atreve con temor y temblor a dar el nombre de Penuel ("cara de Dios") a ese lugar de la historia humana en el que se encuentra avecinado (cf. Gen 32, 23-32)².

Sólo me atreveré, por tanto, a compartir modesta y amistosamente algunas de las claves que me facilitaron entrever a Dios "que viene a visitarnos" (E. Levinas) en los "indicadores de trascendencia" (G. Steiner) que han rodeado mi itinerario vital, y finalmente me permitieron atreverme a proferir con autenticidad la invocación de Jesús: ¡Abba!

Mi aportación quiere ser una invitación a que Dios pase de ser algo de lo que oigo hablar o que encuentro en el pensamiento y la acción de otros, para buscarle como Alguien por cuya existencia, presencia y revelación yo puedo quedar afectado en la raíz de mi propia existencia (O. González de Cardedal, 133). También pretendo que tal vez alguien de "los de fuera" barrunte, con la emoción del hijo pródigo, la revelación de que sólo se es viviente en la Vida (M. Henry, 233) y otorgue su consentimiento a la cita que esa Presencia que nos habita nos está ofreciendo permanentemente. Puedo asegurar que se trata de un encuentro profundamente deseado por Dios y extraordinariamente bueno para los hombres, de una invitación a una "existencia divinizada", diría en jerga más teológica (J. Martín Velasco 2002, 85-94).

Los muchos años de convivencia con seres queridos "extraños" a la experiencia religiosa y nada predispuestos a la búsqueda de Dios, me impiden ser optimista sobre los resultados de este inten-

Todos los seres humanos, creyentes o no, cojeamos al salir al encuentro de Dios, como consecuencia de la vigorosa lucha que más de una vez hemos mantenido con Él

² La participación en una investigación interdisciplinar sobre la creencia y la increencia en Vizcaya me obliga a matizar esta afirmación y no vincular demasiado rápidamente identidad creyente con experiencia de Dios. El conjunto de las identidades creyentes examinadas padece un déficit considerable de experiencia de encuentro agraciado con Dios. La verdad acerca de Dios la perciben con los registros del saber informativo, pero no con los de la experiencia espiritual. El sentido a su existencia se lo otorga una fe, que es entendida más como acogida del testimonio de Jesús de Nazaret y de la Iglesia sobre la existencia de un Dios Benévolo con la familia humana, que como participación en la experiencia espiritual de encuentro con Él en el ámbito de la comunidad de discípulos y discípulas de Jesús: Cf. I. SÁEZ DE LA FUENTE (editora), *Creencia e increencia en la Bizkaia del Tercer Milenio*, Bilbao 2001.

to. Sin embargo me apoyo en razones muy poderosas en las que se fundamenta la fe cristiana para no desistir del empeño. En todo hombre y en toda mujer existe siempre una posibilidad abierta de que el encuentro con Dios se produzca. Si Dios ha salido al encuentro de la humanidad (como Palabra y Espíritu), su convocatoria no puede estar dirigida exclusivamente a las personalidades religiosas excepcionales, integrantes de la nube de testigos y amigos privilegiados de Dios que acompañan a esta vieja humanidad y cuyos nombres son sobradamente conocidos. La nostalgia que Dios siente por la totalidad de los seres humanos (N. Berdiaiev) no pasaría de ser una divina pasión "inútil", si el común de los mortales no tuviese posibilidad de acceso a la experiencia de encuentro con Dios (a la escucha de su Palabra y a la seducción del Espíritu) en medio de su vida cotidiana. Toda persona humana es un ser *visitado* por el Otro, precedido por una "pre-donación" (A. Gesché 2004, 123). Los hombres y las mujeres buscamos a Dios porque nos encontramos habitados y movidos por Él mismo. "Nos hiciste Señor

Si Dios ha salido al encuentro de la humanidad, su convocatoria no puede estar dirigida exclusivamente a las personalidades religiosas excepcionales sino a todos

para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti" (S. Agustín). Buscamos a Alguien que ya nos ha encontrado: "No me buscarías si no me hubieses encontrado", escribió sabiamente Pascal. K. Rahner ha llamado "mística de la

cotidianidad" a esta apertura universal a la experiencia religiosa, que, aunque hoy muy frecuentemente ni es vivida de forma expresa, ni interpretada religiosamente, encuentra su fundamento en la visión cristiana de la persona humana: "el hombre es el ser creado como oyente de la Palabra, como quien, en la respuesta a la Palabra, se iza a su propia dignidad [...] Porque en su más íntima entraña está dialógicamente diseñado. Su inteligencia está dotada de una luz propia exactamente adecuada para lo que necesita, para escuchar a Dios que le habla. Su voluntad es tan superior a todos los instintos y tan abierta a todos los bienes como para seguir sin coacciones los atractivos del bien más beatificante. El hombre es un ser con un Misterio en su corazón que es mayor que él mismo" (H. U. Balthasar 1985, 16).

II. DE LA IDEA DE DIOS AL ENCUENTRO CON EL DIOS REAL

El recorrido vital nos llevó de una identidad creyente apoyada en (o, quizás mejor, de un sentimiento religioso ilustrado por) ideas sobre Dios a otra, sustentada y configurada en el encuentro personal con el Dios real. El Dios "encontrado" nada tenía que ver con la idea del Dios de la mirada inquisitorial, que los paneles de la catequesis infantil representaban con un triángulo equilátero en cuyo interior un enorme ojo escudriñaba hasta los tuétanos de la existencia humana. Tampoco era el Dios del deísmo, un Ser supremo lejano, ajeno e indiferente a las vicisitudes de la aventura humana. Ni el providente Dios del teísmo, que representaba un peligroso obstáculo para la posibilidad y el desarrollo de la vida humana, puesto que presuntamente sus intervenciones en la historia se encontraban en contradicción con la libertad de los seres humanos.

Todas estas ideas sobre Dios y las imágenes que las apoyaban se fueron desmoronando o purificando al contacto con la tradición religiosa de Jesús de Nazaret: aquel judío que se autoexperimentó autorizado por Dios para "*expresarle*" en la historia (J. Moingt). A su luz la Presencia que nos habita, el Dios de la visitación, aparecía e irrumpía en nuestro itinerario biográfico como Fundamento de la raíz de la vida humana (Dios Padre), como Garantía de la libertad de todos los seres humanos (Dios Alianza) y como Promesa de la dignidad reconciliada de la historia humana (Dios Amor). La memoria subyugante y subversiva de la experiencia *de* Jesús con Dios fue haciendo paulatinamente real la *nuestra*. La búsqueda del Misterio desembocó en un encuentro gozoso y gratificante con Dios en la oscuridad. Participamos de una experiencia, como la de los discípulos de Emaús, que nos permitió descubrir, felizmente tarde y felizmente de un modo furtivo (A. Gesché 2004, 190), que Dios era un Rostro benevolente con entrañas de misericordia, que provocaba confianza. Su grandeza inconmensurable no se expresaba en el apresamiento inexpugnable de sus derechos (Flp 2, 6), sino en la exuberancia y en la gratuidad de su insospechada donación de vida (Jn 10, 10), aunque para ello debiera anonadarse a sí mismo. Nos encontramos con el Dios del abandono de sí: con Aquél que deja y abre espacio a lo otro de sí (a todo lo creado y muy singularmente a los seres humanos); con Aquél que se hace plenamente el contradicho en Jesús de Nazaret; con Aquél que vincula libre y gratuitamente su gloria al éxito de la causa humana y su gozo eterno a la felicidad de todos los hombres y mujeres, y que espera de estos su libre colaboración con Él.

Sin embargo no quisiera que el tono lírico de mis palabras llevara a mis lectores a la equivocación o al engaño. La cercanía a Dios no es posible sin tentación y peligro para quien le contempla. No puedo menos que recordarlo ahora que hemos asistido atónitos a la apoteosis del "voyeurismo" religioso y detectamos síntomas inequívocos de que la religión católica está muy tentada de convertirse en industria cultural. La memoria de Jesús franquea el acceso a un Dios insólito y desconcertante. Participar de su experiencia enseña que Dios sobreviene, sorprende, provoca escándalo, se inmiscuye demasiado partidariamente en la causa de los pobres, comparte sus padecimientos y su destino final, calla y desaparece en el preciso momento en el que todo parece irremisiblemente perdido, aunque nos coja y nos arrastre con Él y hacia Él en la estela de su venida, sin forzar nuestra libertad. La cita con Dios siempre

La cita con Dios siempre se produce más adelante. El encuentro definitivo con Él siempre queda aplazado

se produce más adelante. El encuentro definitivo con Él siempre queda aplazado. Cuando hemos encontrado a Dios o hemos sido encontrados por el Viviente, sorprendentemente ni somos confirmados en las expectativas de nuestras búsquedas, ni colmados en nuestros intereses.

Paradójicamente Dios, como si un niño, un pobre, un loco o un forastero nos visitara, los voltea, los renueva hacia el futuro y los expande hasta límites insospechados.

Nuestra época ha vivido el desplazamiento de la cuestión de la identidad de Dios a la de su localización: ¿Dónde está Dios?, se han preguntado en multitud de ocasiones nuestros contemporáneos. Compartir la experiencia de Jesús enseña que Dios no está en los que conocen su identidad, ni está en las instituciones que lo representan, sino que se encuentra localizable y disponible allí donde nadie lo espera: en la hendidura del sufrimiento del mundo. Los pobres son los que le dan albergue y lo denotan en medio de la barbarie de nuestro mundo (Ch. Duquoc 1992)³.

3 Hablando de la presencia/ausencia de Dios y refiriéndose a algunos acontecimientos-espectáculo eclesiales de los últimos meses, lo acaba de escribir magistralmente Joseba Arregi: "La presencia de Dios que supuestamente se manifiesta en todos los fenómenos citados [...], es una falsa presencia o la presencia de un Dios falso. Es una presencia acorde a las leyes de la sociedad del espectáculo. Una presencia que olvida que a las manifestaciones espectáculo de la divinidad un Viernes Santo puso punto final [...] Creo que está dicho en los mismos evangelios [...] que el único camino al Padre, a Dios, es a través del Hijo, es decir, a través de la muerte de Dios en cruz [...] La Iglesia sigue queriendo llegar al Padre sin pasar por el Hijo, quiere seguir teniendo hilo directo, al igual que cree tener conocimiento directo de la verdad de la naturaleza, de una naturaleza sin seres humanos, sin la ambigüedad de estos, sin lo que supone que ella exista sólo en palabras humanas, que aparezca en ellas al tiempo que en ellas está velada" (El País, 31 de agosto de 2005, p.12).

Desde la senda abierta por Jesús se percibe a Dios de modo diferente a como cabía imaginarlo y el éxito de todo intento de acudir a su cita pasa inevitablemente por la disponibilidad a sacrificar los conocimientos previos, sobre todo los más seguros, que sobre Él se traían a la travesía de la fe. Como escribí hace años en esta misma revista, entre las brumas del horizonte Dios se insinúa en su inexpresable alteridad como *Sagrado y Profano, Sublime e Ínfimo, Absoluto y Condescendiente, Voz y Silencio, Inaccesible y Disponible, Intangible y Violable, Don y Desmesura, Ley e Insumisión, Comunión y Disidencia, Verdad y Heterodoxia, Bondad y Transgresión, Refugio y Peligro, Paz y Rebelión, Salvación y Juicio, Rehabilitación y Desahucio, Buena Noticia y Mal Presagio.*

III. JUNTO AL POZO DE JACOB, AL BORDE DE DIOS

El encuentro con Dios tiene como mediación la historia en la que los seres humanos nos avicindamos, con toda su vasta extensión de acontecimientos. La misma vida, sin retoques, ni maquillajes, ordenada y caótica, afortunada y desgraciada, resplandeciente y sombría, con sus complejidades y simplezas, con su exuberancia y su miseria, con sus promesas y amenazas, con sus alegrías y tristezas, en compañía de místicos y de señores de la guerra, de poetas y mercaderes, del Dalai Lama y de G. Bush, es el lugar donde Dios nos tiene citados a los seres humanos para el encuentro con Él.

El relato de la samaritana nos recuerda de manera excelente que frecuentemente los seres humanos vivimos historia adentro al borde de Dios. Como aquella mujer nos afanamos sacando agua que calme momentáneamente nuestra sed de felicidad en ese pozo de Jacob que es la experiencia humana. Muy a menudo lo hacemos sin sospechar, también como ella, que junto al brocal de nuestro propio pozo se encuentra acodado Alguien del que brota un manantial inagotable de agua viva, capaz de saciarnos plena y definitivamente (cf. Jn 4, 1-41). Tenemos necesidad de un colirio que dilate las pupilas de nuestros ojos (cf. Apoc 3, 18) para descubrir el «plus» de realidad que “está al otro lado” y nos permita reconocerlo por nosotros mismos.

Las situaciones límites y los destellos de Dios

Las "situaciones humanas límites" (fundadas, por ejemplo, en historias de amor y desamor como la que los cinco maridos de la samaritana sugiere) generan experiencias que tienen la virtualidad del desvelamiento. Son las "*experiencias de ultimidad en la historia*", que ayudan a comprender que lo que ayer afirmaron los discípulos de Jesús, el encuentro con Dios en el rostro del Crucificado resucitado, es hoy cosa *real* (J. Sobrino 112-115). Estas experiencias unas veces están alimentadas por la seducción de las realidades de naturaleza positiva que encontramos a nuestro paso; por la admiración y el asombro que provocan la belleza, la bondad, la verdad y la alegría que encontramos en el mundo. Otras muchas, las sustenta la indignación y la protesta que nos generan el sufrimiento injusto de las víctimas, el horror de la barbarie y el secuestro de la verdad (cf. Rom 1,18). Estas "*experiencias de contraste*" (E. Schillebeeckx) poseen la capacidad de desvelarnos dialécticamente la presencia de Dios en las realidades de naturaleza negativa que parecen negar incluso su existencia: el Dios vivo, crucificado en los calvarios de la historia; la Gloria de Dios, velada en la sombra del horror; el Esplendor de la Verdad, aprisionado en el poder homicida de la mentira.

En las grietas e intersticios que las experiencias humanas (positivas y negativas) abren, puede aparecer como un rayo la presencia divina. En las fronteras de la vida los seres humanos no podemos menos que tomar conciencia, al menos como de una frágil posibilidad, de la que está al otro lado y reconocerla como anterior y exterior, consintiendo en el amor que afirma o rechazándola en el resentimiento que niega. Los seres humanos, situados en este límite, podemos orar o blasfemar, rogar o impugnar a Dios. Pero en cualquier caso no podemos quedar indiferentes (O. González de Cardedal, 35).

Al borde de Dios

Todos podemos hacer el ejercicio de contemplar el retablo de las maravillas que nos abraza. Sé que nuestro mundo abunda en horrores, pero también es cierto que seguimos viviendo. Podemos seguir siendo hombre y mujeres vivos y no, muertos vivientes porque somos capaces de encontrar espacios abiertos que nos permiten respirar y movernos con libertad. Estoy convencido de que esta experiencia es posible gracias al retablo de las maravillas que nos

envuelve, aunque muchas veces no caigamos en cuenta de su presencia. Lo creo, aunque suene inocente y parezca que lo único que pretendo es negar el espanto. Lo proclamo, porque creo de verdad que el impulso que nos mueve a vivir está en esa búsqueda de las maravillas con mucha más intensidad que en el miedo.

Invito a mis lectores a realizar un recorrido por la propia constelación de maravillas cotidianas que les rodean y con las que conviven a diario. Con la ayuda de una guía experta, como Á. Mastretta, podrán descubrir todo el prodigio sublime que las cosas, desde las más usuales (como tomarse un café por la mañana) hasta las nunca vistas, encierran. Todas estas maravillas aproximan a los seres humanos hasta la partitura que Dios canta en la noche, invitándonos a salir en su búsqueda y a su encuentro.

Igualmente podemos acudir a tres ámbitos en los que se despliega la vida humana:

a) El personal e interpersonal

Cada vez que un hombre o una mujer ha tenido el valor de descubrir la llamada de la propia conciencia, aunque sea vacilante, y de seguir sus profundos impulsos incluso con riesgo de perder algo; cada vez que tiene el coraje de degustar la justa cólera y de dejar que motive la resistencia crítica al mal; cada vez que siente la fortaleza para proclamar la palabra profética... bordea a Dios que clama y grita.

Siempre que un hombre o una mujer, en el lugar cotidiano de trabajo y en la vida en libertad con sus decisiones sopesadas, acepta con responsabilidad su propia vida y su impacto sobre la de los demás; siempre que asume la profundidad del pecado en la aceptación del perdón y en el gusto de concederlo sin recompensa alguna; siempre que ha sido habitado por el miedo, la desesperación y el vacío y no se haya dejado atrapar por ellos; siempre que se alegra con la felicidad del otro, se goza en la amistad con el extraño y celebra su preocupación por quienes carecen de una verdadera ayuda; siempre que hace las paces con su finitud y mortalidad, cuando descubre sus limitaciones; siempre que espera contra toda esperanza a pesar de lo inevitable de la opresión, el sufrimiento o la muerte; siempre que decide firmemente permanecer en la lucha y seguir adelante a pesar de todo... está acudiendo a la cita con Dios, presente y ausente, como Abrahán en Mambré (cf. Gen 18).

Siempre que un hombre o una mujer acepta con responsabilidad su propia vida está acudiendo a la cita con Dios, presente y ausente, como Abrahán en Mambré

Cada vez que un hombre o una mujer experimenta la hondura del amor que pueden sentir los seres humanos, en las relaciones amorosas de donación y recepción capaces de recrear a las personas; cada vez que descubre la belleza del otro en la fuerza de la fidelidad permanente; cada vez que vive el gozo y el dolor íntegros de concebir, dar a luz y criar hijos... se aproxima a Dios como un ciego que golpea el suelo con un bastón (S. Weil). Cada vez que, por contraste, ha vivido la angustia y el dolor producido por las relaciones rotas... estará pisando el rastro de la ausencia y la compasión de Dios.

Aunque los tiempos que corren no den para ensordecedores clamores de Dios, cada vez que un hombre o una mujer se encuentra con historias intempestivas de solidaridad, expresión de un amor humano que permite que el Dios de los pobres adquiera realidad en la historia... se coloca en la frecuencia que permite captar los ecos del silencio tenue del Dios de Vida (D. Aleixandre).

b) La admirable naturaleza

Siempre que un hombre o una mujer se siente sobrecogido por la contemplación de la imponente del mundo natural tal como existe más allá de nosotros y sin nosotros, de un mundo que está ahí, con su entrega y su belleza, su fragilidad y su exposición a la amenaza... contempla como en un espejo la Belleza de Dios creador. Siempre que se extasía ante la belleza del alba, la fuerza sobrecogedora de una tormenta, y se conmueve ante los espacios que ocupan prados, montañas y mares, el reverdecer de la tierra tras periodos de sequía o frío, los frutos de las cosechas, los peculiares estilos de vida de los animales domésticos y salvajes, o la multitud de fenómenos de este planeta y de su cielo... habrá escuchado el pregón de Dios. Siempre que se siente indignación por la ruina a la que nuestro modelo de desarrollo somete a la naturaleza y a sus cualidades generadoras de vida o lamenta y resiste ante la destrucción de la tierra o la pérdida de una de sus especies vivas... roza la experiencia del poder creativo del misterio de Dios.

c) La ambigua historia humana

Cada vez que una comunidad humana se resiste a su propia destrucción o trabaja por su renovación; cada vez que los cambios estructurales están al servicio de la liberación de los pueblos oprimidos; cada vez que se legisla para subvertir el sexismo, el racismo, la pobreza y el militarismo; cada vez que las espadas se convierten en arados o las bombas en alimentos para la gente famélica; cada vez que se sanan las heridas de viejas injusticias;

cada vez que los enemigos se reconcilian tras el cese de la violencia y la opresión; siempre que cesan las mentiras, las violaciones y los asesinatos; siempre que la diversidad es sostenida por la comunión; siempre que la justicia, la paz y la libertad experimentan un progreso transformador.. los hombres y las mujeres nos encontramos ante la oportunidad –quizás efímera– de vislumbrar el paso del Misterio de bendición entre las grietas de nuestro mundo, y de entregarnos a Él como fundamento de la praxis de liberación que sobrevive y a veces incluso prevalece frente a una violencia masiva (E. A. Johnson, 169-173).

También en la vertiente oscura de la existencia y en los infiernos de la historia los hombres y mujeres podemos llegar a sospechar que en la desdicha misma resplandece la misericordia de Dios. También cuando se habita en esos lugares en los que el alma no puede ya retener el grito “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”, es posible tocar algo que no es ya ni la desdicha, ni la alegría, sino la esencia central, intrínseca, pura, no sensible, común a la alegría y al sufrimiento, que es el amor mismo de Dios (S. WEIL, 55-56). Entre las madres-“coraje” afectadas por problemas de enfermedad, paro y muerte de sus hijos, entre luchadores afectados por los padecimientos de sus pueblos y comprometidos con su liberación, entre habitantes de los campos de exterminio nazi o de los infiernos de la exclusión, podemos encontrar testimonios que apuntan a la presencia allí mismo de un Misterio, indecible e inabarcable, siempre falsificado por todas nuestras palabras (por las sabias y por las sencillas), pero Fuente sorprendentemente cercana de una fuerza y una seguridad desconocidas.

Cada vez que el hombre y la mujer viven el gozo y el dolor íntegros de concebir, dar a luz y criar hijos... se aproximan a Dios como un ciego que golpea el suelo con un bastón

Una mirada experta

Vivir al borde de Dios es algo universalizable. Todos los seres humanos tenemos la posibilidad de aproximarnos y llegar hasta ese extremo. El encuentro con Él es una cuestión muy diferente. Aunque siempre que se produce el hallazgo se vivencia como gracia, no se origina mecánicamente (cf. Mt 13,14-17). Necesita de la concurrencia de destrezas y prácticas humanas. La presencia del Profundísimo desvelada en la realidad de la vida, pasa desapercibida para las miradas dispersas, superficiales, posesivas, dominantes o

perdidas en el anonimato y la multiplicidad. El vivir al acecho del Misterio del mundo (E. Jünger) reclama personas diestras en la mirada personal que busca el descubrimiento real y no, nominal del prójimo; en la profunda que es capaz de horadar la realidad buscando la fuente de agua viva; en la unificadora que persigue la comunión de la diversidad y no, su uniformidad simplificadora; en la oblativa que busca el don sin retorno y renuncia a la posesión y dominio utilitario; en la gratuita que se abre al misterio de las cosas sin esperar a cobro revertido.

Semejantes habilidades no brotan espontáneamente del alma de los hombres y las mujeres. Necesitamos recurrir a ciertas prácticas que hagan brotar desde dentro las pericias de los ojos del corazón: p.e., el paladeo de la pregunta por el sentido, la vivencia serena de la soledad como ámbito de la realización y de la comunión humana, la escucha atenta de los sonidos del silencio, el desasimiento, la serenidad, el arriesgarse por ir al fondo de las cosas sin aislarse y la rehabilitación permanente, como veremos enseguida, de los deseos egocéntricos y posesivos.

Una opción razonable

Ignacio Sotelo, dialogando acerca de las razones de su agnosticismo, confiesa que *"la vida es una lucha que, por mucho que nos esforcemos, tenemos perdida de antemano"* y que los seres humanos *"desapareceremos en la nada y los verdugos seguirán dominando"* (J.I. González Faus/I. Sotelo, 191). En realidad estas convicciones, que no comparto, no pueden ser demostradas, solamente creídas. Son el resultado de una opción previa que razonablemente ha tomado ante la vida. Es su respuesta a la cuestión religiosa y teológica que el siglo XX y su barbarie dejaron abierta: ¿El misterio que abarca el universo es hostil o acogedor para el ser humano? ¿Aquello que últimamente constituye, fundamenta y engloba la Realidad es amigo o enemigo de los seres humanos? ¿Nuestro último referente es el Dios amigo de la vida o el dios enemigo de la destrucción y de la muerte?

La respuesta cabal a estas preguntas sólo podrá saberse al final de la historia. Mientras, es preciso elegir una provisional. Personalmente me inclino por aquélla que brota de una decisión amorosa en favor del sentido total, en la línea de lo que profundamente ha escrito M. Serrahima: *"La aceptación de una Causa y de un Origen misterioso resulta para mí más razonable y me satisface más que la admisión de una misteriosa ausencia de causa y de origen, o que*

la afirmación, igualmente misteriosa, de una necesaria e insuperable ignorancia de toda causa y de todo origen... Me siento inclinado a preferir los Misterios de la Luz a los Misterios de Tiniebla. Por tanto, es la misma razón y no sólo la fe, la que en el momento de decidir sobre el fundamento de la Realidad, me lleva a admitir una misteriosa, pero positiva Existencia absoluta, y rechazar un vacío caótico que sería, en definitiva, igualmente misterioso".

Sin esta opción razonable las puertas que conducen al encuentro con Dios permanecen cerradas a cal y canto.

La tracción del deseo abisal

Desear o anhelar resulta imprescindible para la búsqueda de Dios. La tracción del deseo conduce a los seres humanos hacia Dios, aunque los deseos (en plural) deterioren lo humano, falsifiquen lo divino y terminen por encaminarnos hacia la barbarie y la idolatría. Lo sabemos por experiencia. Frecuentemente los deseos son los grandes tiranos en la cultura de la satisfacción de las sociedades libres. La fascinación por la satisfacción inmediata del objeto ciega y pierde en las tinieblas a gran parte de la ciudadanía de las democracias desarrolladas. Además este trastorno se agrava porque los deseos sólo parecen encontrar campos de expansión en la línea del tener, del dominar y del poder. El remedio a esta situación verdaderamente dramática no debiera ser la abdicación del deseo. Al contrario, debiéramos abrazarlo como algo propio que nos constituye; y aceptar como riqueza la tracción del exceso que encierra en su interior, es decir, su trascendencia o su dimensión simbólica que le dicen que el ser humano no se agota en el nivel de sus deseos. La locura del deseo radica en su encerramiento en los objetos que se le ofrecen, sea cual sea su identidad, en lugar de descartarlos como capaces de calmar plenamente la necesidad que lo estimula. De este modo el objeto queda divinizado, generando idolatría y esclavitud. La cordura del deseo se produce en la relativización del objeto deseado a través de la apertura al otro y al Otro (con mayúscula) y de la integración de los deseos en el Deseo (con la consecuente liberación del amor propio).

Por debajo de los deseos que producimos, existe en el ser humano el deseo que lo constituye y que tiene su origen en la desproporción interior, en la incapacidad de adecuarse consigo mismo, en el hecho de ser más de lo que es y de ser incapaz de coincidir con ese más allá de sí mismo, al que siempre está abierto, al que tiene con todos sus deseos y con todas las acciones que esos deseos

originan, pero con el que no consigue coincidir porque es el origen del que está constantemente surgiendo (J. Martín Velasco 1998, 62-72). Quien busca a Dios precisa reconciliarse con sus deseos y aprender a desear de nuevo. La fuerza tractora del deseo rehabilitado (el anhelo de la samaritana: un agua que calma definitivamente la sed) impulsa a los seres humanos hacia Dios, que siempre responde de manera desproporcionada al anhelo que Él mismo ha suscitado en el alma humana.

Alguna vez todos los seres humanos hemos presentido en la oscuridad la presencia de la Fuente que mana y corre sin cesar: cuando hemos contemplado signos que dan qué pensar; escuchado voces que dan qué oír; tateado canciones que dan qué soñar; compartido "pan y manteles" con personas que dan qué amar; recordado historias que dan qué vivir; prestado atención a ecos que despiertan nuestra voz interior. Cada vez que algo de esto nos sucede nos liberamos de la dictadura del fatalismo de lo fáctico, escapamos de la jaula arrogante del positivismo y convocamos la trascendencia sobre el camino de nuestra inmanencia. Cada vez que algo de esto nos pasa, se nos muestra que el fin último del hombre no puede ser el producto final de un proceso de fabricación. Cada vez que algo de esto nos ocurre, se nos desvela que la persona humana es un ser que tiene capacidad de dejarse emocionar y transformar por la belleza, la verdad o la bondad que le exceden, por unos proyectos que le encantan, por unas impresiones que vienen a visitarle, de más allá de sí mismo, de fuera. Cada vez que algo de esto acontece, *el principio del exceso* nos constituye como un ser *deseante*, es decir, algo más que un ser movilizado con y confrontado a sus deberes o movido por un imperativo moral (A. Gesché 2004, 109-119). Por debajo de todos los deseos, como su raíz, se encuentra *el deseo natural de ver a Dios*. San Juan de la Cruz lo ha definido como "*deseo abisal*", es decir, como un deseo que ya no depende del propio sujeto, en el que éste se descubre envuelto; anterior a él y que, más que orientarle a la posesión de un bien mundano, suscita en él una tendencia que ningún bien mundano es capaz de aquietar. Se trata de un auténtico "*padecer a Dios*" que ningún otro don es capaz de calmar.

Jesús de Nazaret

La ayuda de Jesús de Nazaret resulta inexcusable si el encuentro con Dios quiere tener las señas de identidad que lo especifican de *cristiano*. Obviamente existen otras tradiciones religiosas que

son vías verdaderas de acceso al Misterio de Dios. Pero aquí, y sin entrar en otras cuestiones de hondo calado teológico para la fe cristiana, solamente quiero destacar que Jesús propuso un camino propio, que radicalizaba el de la tradición judía. Quien quiera buscar *cristianamente* a Dios, es decir, como Jesús lo hizo, necesitará dar crédito a su propuesta de acceso a ese Dios que quiere ser adorado en "*espíritu y en verdad*". O sea, creerle a Él sin necesidad de creer en Él como Enmanuel (Dios-con-nosotros). Esta fe humana en Jesús, nacida de la seducción y el contagio de su personalidad, es una permanente invitación a compartir algunas de sus prácticas como camino para compartir una experiencia de Dios como la suya.

Según M. Eliade, Jesús de Nazaret supone la última y más alta manifestación de la sacralidad en el mundo. Pero el Profeta de Galilea sustituyó el orden antiguo de lo religioso por otro nuevo, descrito como un cambio de sacerdocio, de ley, de alianza y de culto (cf. Hb 7, 12.22; 10,9). Su actividad sagrada no fue el culto, sino su pro-existencia, su "ser-para-los-demás". El nuevo santuario, la Fraternidad universal, representada por su cuerpo (cf. Jn 2,13-21). Su representación de "lo divino" no la encarna ni en la figura humana del sacerdote, ni en la del superhombre, sino en la del Siervo; y no va revestida ni con la belleza del santo, ni con poderío del vencedor, sino con la fidelidad del Justo y con la impotencia doliente de las víctimas. Su camino de acceso al Dios que invocaba como Padre fue primordialmente práctico e implicativo. Jesús propone una exultante y gratificante posibilidad de encuentro con el Misterio de Dios. Su mediación preferente son las experiencias humanas en las que la compasión y la compañía de los pobres van a jugar un papel decisivo. Obviamente esta *mística de la misericordia*, sólo dará acceso a "lo penúltimo" de Dios, pero es la única que merece el nombre de específicamente *cristiana*.

Desde esta óptica podremos entender, por una parte, la necesidad de vincular la nostalgia o el deseo de Dios con la expectativa utópica de los pobres (cf. Lc 4, 16-21). Sé que en el mundo de la abundancia no corren buenos tiempos para la utopía. En su nombre visionarios de todo tipo han sembrado ayer la historia de barbarie y terror; el pragmatismo rampante que "ordena" y gobierna el mundo se ha mostrado tan capaz como aquellos de convertir el mundo en un infierno. Sin embargo el acceso a una experiencia de Dios como la de Jesús, reclama hombres y mujeres alentados por la expectativa de una utopía sin contenido definido ni definitivo

Quien quiera buscar a Dios como Jesús lo hizo, necesitará dar crédito a su propuesta de acceso a ese Dios que quiere ser adorado en "*espíritu y en verdad*"

("visée" la llama P. Ricoeur) y universalizable (hasta alcanzar a los muertos, como J.B. Metz ha insistido en multitud de ocasiones).

Si se quiere compartir la experiencia religiosa de Jesús en el interior de una sociedad como la nuestra (tan propensa a acceder a todas las realidades –también a la religión– desde los parámetros de la cultura del espectáculo), habrán de superarse las actitudes preferentemente receptivas, estéticas y meramente contemplativas. Habrá que revestirse con el talante activo y movilizado de quienes son inspirados por los anhelos y requerimientos de algún acontecimiento futuro histórico y mundial de interés universal. Por ejemplo: el final del hambre en el mundo, el cese de las prácticas xenófobas y racistas, un desarrollo sostenible, la paz regional y mundial, la liberación de las minorías culturales y étnicas o el despliegue real de la tradición de los derechos humanos.

Jesús de Nazaret propone como vía propia de acceso a Dios las experiencias de misericordia o más ampliamente las experiencias de amor humano

El compartir real y no intencionalmente los deseos humanamente verdaderos que concentran lemas escatológicos como "*revertir la historia*" (I. Ellacuría), "*que la vida sea posible*" (J. Sobrino), "*que el mundo llegue a ser un hogar*

para el hombre" (E. Bloch) u "*otro mundo es posible*", pone en sintonía con aquella experiencia humana en la que Jesús de Nazaret hizo experiencia del Dios del Reino.

Y, por otra parte, con que hayamos de acompañar la búsqueda de Dios con unas "entrañas de misericordia". Jesús de Nazaret propone como vía propia de acceso a Dios las experiencias de misericordia (cf. Mt 25,31 ss.) o más ampliamente las experiencias de amor humano: "*quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor*" (1 Jn 4,8). En las tinieblas de su propia muerte en abandono, donde no había nada que amar, "*él no dejó de amar y evitó lo más terrible: que la ausencia de Dios se hiciera definitiva*" (S. WEIL, 77). Técnicamente hablaríamos de la "*analogía del amor*" o la "*analogía del dolor compartido*", que "sigue dejando a Dios como *semper maior* y el Misterio indecible, pero nos indica por dónde ese Misterio ha querido acercarse a nosotros y hacernos atisbar una chispa de su Luz" (J.I. González Faus 1994, 107-108).

La Iglesia y las comunidades cristianas

Sé que hoy la referencia a la Iglesia complica muchísimo mi propuesta de búsqueda de Dios. Frecuentemente he escuchado de labios de "los de fuera" (y también de muchos de "los fronterizos")

que la mayor objeción para "ir a Dios" la encuentran en su experiencia *con* la Iglesia. Ningún eclesiástico está autorizado para restar importancia a la queja, aunque seguramente haya algunos que la utilicen como disculpa para no correr el riesgo del encuentro con Dios, que siempre es al mismo tiempo peligroso y salvador para los hombres y las mujeres. Es de suma gravedad que, para algunos hombres y mujeres que la contemplan, la Iglesia en lugar de transparentar a Dios, lo oculte. Sospecho que ocurre porque demasiados de "los de dentro" ponemos como disculpa nuestros intereses y tinglados para no caminar con gratuidad y desasimiento hacia un Dios, que seguramente los mandaría al garete.

A menudo al escuchar el reparo suelo acordarme de unas palabras que E. Schillebeeckx vertía en una amplia entrevista. En un momento de la misma su interlocutor le pregunta si, como consecuencia de los procesos a los que le ha sometido la Congregación para la Doctrina de la Fe, no ha pensado alguna vez en abandonar la Iglesia. El teólogo dominico, dejando traslucir el cansancio y la molestia que la pregunta le provocan, responde: "Nunca. La Iglesia es una comunidad *hermenéutica*". Esta respuesta nos recuerda implícitamente "la necesidad" de la mediación mistagógica de Iglesia para el encuentro con el Dios *cristiano*. La experiencia de Dios necesita de su Presencia y de la interpretación de una tradición religiosa. Esta hermenéutica tiene que ver más con el imaginario y su poder de desvelamiento de lo que existe "al otro lado" o en "el fondo inmenso de nosotros mismos" que con la racionalidad y su poder limitado de explicar o expresar toda la realidad. El imaginario cristiano nace *de* y se recrea *en* la memoria permanente de la tradición de Jesús de Nazaret y de su Espíritu. Y se expresa en los relatos en los que arraiga su fe. Desde los míticos del Primer Testamento hasta las metáforas vivas del Segundo, todos ellos, como una luz de fondo o como un decorado siempre desplegado, solicitan la imaginación humana para que acuda al encuentro con algo que es inesperado, repentino, fuera de la realidad cotidiana y, sin embargo, inscrito en ella. A su luz el exceso (de bondad, de belleza, de verdad, pero también de maldad, de horror y de mentira) que encontramos en el laberinto de la vida se aclara como señal del paso de Dios. Se hacen continuamente verdad las palabras de san Bernardo: "*Dios ha descendido hasta nuestra imaginación*" (A. Gesché 2004, 157-198).

En la Iglesia y en sus comunidades cristianas se activa y actualiza permanentemente este imaginario. Día a día se cuentan y se viven esos relatos fundacionales, y se celebra simbólicamente el memorial viviente de la Cena del Señor. En su seno se nos ofrece

la posibilidad de volver a escuchar los relatos míticos de la creación que nos invitan a penetrar en el misterio de los orígenes de un modo que ninguna ciencia será jamás capaz de desentrañar. Todos los años en la comunidad cristiana se narran los relatos de la pasión de Jesús y el grito de Dios abandonado en la cruz, que nos brindan la posibilidad de ahondar en el misterio del mal como ninguna teodicea es capaz de hacer. Todas las primaveras en la Iglesia se vuelven a leer textos antiguos proclamando que Jesús ha roto las barreras de la muerte y se ha aparecido a María Magdalena y a Pedro, que nos convidan a creer con ellos en la verdad de un acontecimiento tan inédito. Y todos los inviernos la historia maravillosa del nacimiento de un niño que en su pequeñez contiene a Dios, se recuerda y se relata, poniendo ante los ojos de quienes escuchan la riqueza insospechada que encierra la historia humana.

En el ámbito de la Iglesia hombres y mujeres de buena voluntad pueden tener noticia de la aflicción de Dios por el sufrimiento de los oprimidos (cf. Ex 3,7-9) y de su gozo y alegría por el perdón que gratuitamente otorga a sus hijos (cf. Lc 15,32). Si están atentos podrán escuchar unas veces la voz susurrante de Dios que con tono suave y amistoso les dice: "*Baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa*" (Lc 19,5), "*levántate y vete; tu fe te ha salvado*" (Lc 17,19). Otras, su voz imperativa que exclama: "*Escucha Israel*" (Dt 6,4), "*escucha, hija, mira y pon atento oído*" (Ps 45, 11), "*dadles vosotros de comer*" (Lc 9,13). Siempre una voz misericordiosa que habla de perdón sin límites: "*Vete, y en adelante no peques más*" (Jn 8,11). A veces este cortejo de voces y experiencias provoca, como en Abraham (cf. Gen 12,4), en María (cf. Lc 1, 38) y en el mismo Jesús (cf. Heb 12,5-8), la respuesta humana de fe en Dios: "*¡Heme aquí, Señor!*". Entonces con una alegría, no exenta de temor y temblor, se confiesa la gracia de saberse encontrados por Dios, conscientes sin embargo, de que Dios es siempre mayor que la experiencia que los seres humanos tenemos de Él.

Bibliografía

- A. ÁLVAREZ BOLADO, *Mística y secularización. En medio y a las afueras de la ciudad secularizada*, Santander 1992.
- M. ÁLVAREZ GÓMEZ, *Pensamiento del ser y espera de Dios*, Salamanca 2004.
- Á. MASTRETTA, *El cielo de los leones*, Barcelona 2004, 69-73.
- H.U. BALTHASAR, *La oración contemplativa*, Madrid 1985.
- CRISTIANISME I JUSTÍCIA, *Creer desde la noche oscura. Testimonios*, Barcelona 1994; *Creer desde la noche oscura (II). Testimonios*, Barcelona 1998.
- CH. DUQUOC, "El desplazamiento de la cuestión de la identidad de Dios a la de su localización", *Concilium* 242 (1992), 580-582.
- A. GESCHÉ, *Le christianisme comme athéisme suspensif*, Revue théologique de Louvain, 33, 2002, 187-210
 --- *El sentido*, Salamanca 2004.
- O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Dios*, Salamanca 2004.
- J.I. GONZÁLEZ FAUS, *Proyecto de hermano. Visión cristiana del hombre*, Santander 1987, 689-730; "Mística del éxtasis y mística de la misericordia", en *El factor cristiano*, Estella (Navarra) 1994, 139-154.
- J.I. GONZÁLEZ FAUS / I. SOTELO, *¿Sin Dios o con Dios? Razones del agnóstico y del creyente*, Madrid 2002.
- M. HENRY, *Encarnación. Una filosofía de la carne*, Salamanca 2001.
- E.A. JOHNSON, *La que es. El misterio de Dios en el discurso teológico feminista*, Barcelona 2002.
- J. MARTÍN VELASCO, *El encuentro con Dios*, Madrid 1976;
 --- *Introducción a la fenomenología de la religión*, Madrid 1978;
 --- "Experiencia religiosa", en C. FLORISTÁN-J.J. TAMAYO, (eds.), *Conceptos fundamentales del cristianismo*, Madrid 1993, 478-496;
 --- *La experiencia cristiana de Dios*, Madrid, 1995;
 --- "Los caminos de la experiencia. Aprender a padecer a Dios", en INSTITUTO S. DE PASTORAL, *¿Dónde está Dios? Itinerarios y lugares de encuentro*, Estella (Navarra) 1998, 37-90;
 --- "Experiencia religiosa", en C. FLORISTÁN (DR.), *Nuevo diccionario de Pastoral*, Madrid 2002, 567-586;
 --- *La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea*, Santander 2002.

- K. RAHNER, "La experiencia de la gracia", en *Escritos de Teología III*, Madrid 1961, 103-109.
- J. SOBRINO, *La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas*, Madrid 1999.
- A. TORRES QUEIRUGA, "La experiencia de Dios: posibilidad, estructura y verificabilidad", en *Pensamiento*, vol 55, núm 211, enero-abril 1999, 35-69.
- J. VIVES, "Si oyerais su Voz...". *Exploración cristiana del Misterio de Dios*, Santander 1988.
- F. JAVIER VITORIA CORMENZANA, *La experiencia cristiana de Dios en la experiencia del mundo*, Gasteiz/Vitoria 2003.
- S. WEIL, *A la espera de Dios*, Madrid 1993.